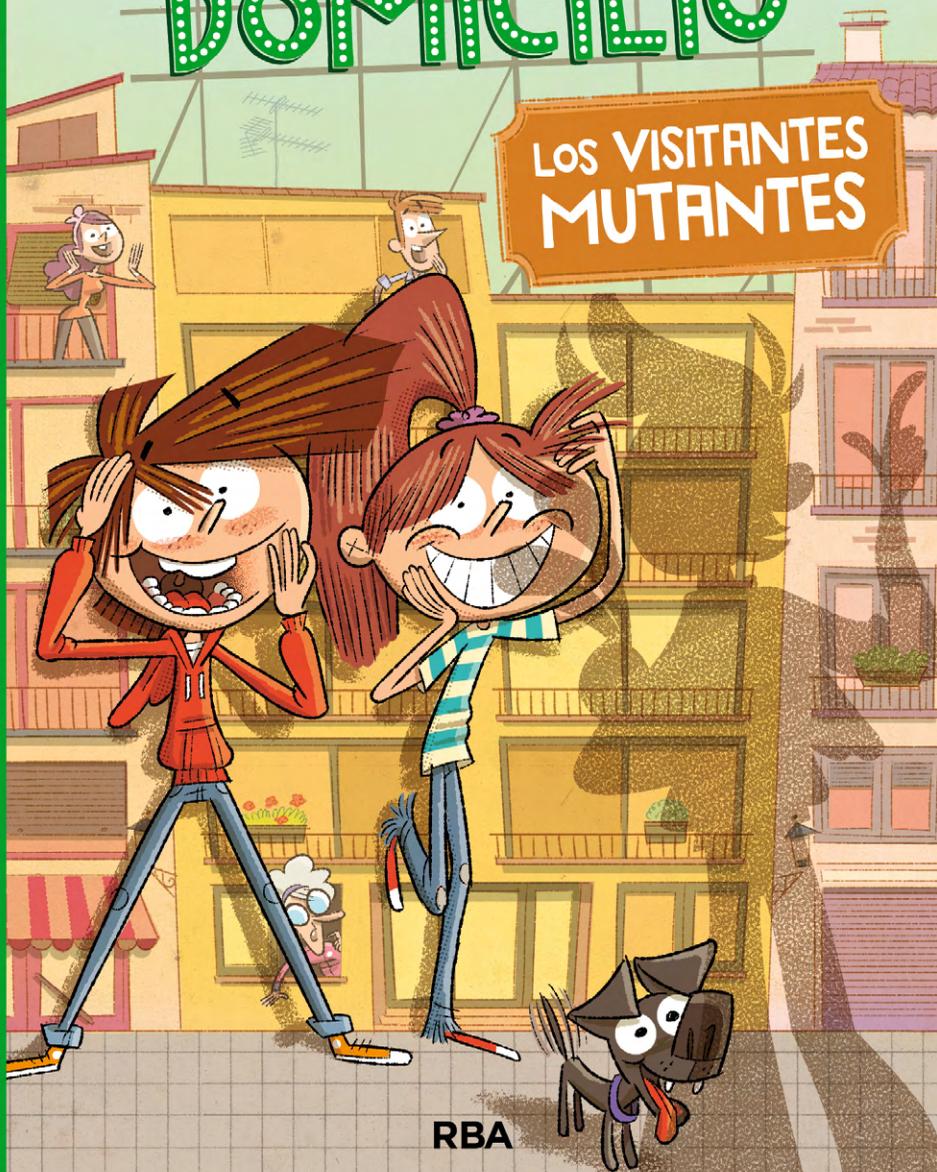


BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

LOS VISITANTES
MUTANTES



RBA

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

LOS VISITANTES
MUTANTES

RBA

Cualquier parecido con los hasta ahora amigos, vecinos, familiares
o conocidos de la autora es de agradecer pura inspiración-casualidad.

© del texto: Begoña Oro, 2018
© de las ilustraciones: Roger Zanni, 2018
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Diseño: Compañía

Primera edición: mayo de 2018

RBA MOLINO
Ref.: ODBO271
ISBN: 978-84-272-3120-7

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será
sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse
a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Composición digital: www.acatia.es

*A Ignacio Riverola, que cambió de vecindario
unas cuantas veces y de todas aprendió.*



LOS RUIDOS MISTERIOSOS

Fran, Alberto y yo teníamos un grupo.

O, mejor dicho, tuvimos un grupo.

Los PisaColaGatos.*

Un grupo musical.

Aunque no sé. ¿Cuenta como grupo «musical» si tus instrumentos son una escobilla de váter y una alcachofa de ducha?

¿Se puede decir que tienes un grupo si solo tienes una canción?

Bueno, creo que sí. Sobre todo si tu canción es un megaéxito con millones de visualizaciones en YouTube

* ¿No conoces a Los PisaColaGatos? Pues cuando acabes de leer este libro, corre a leer *Una estrella estrellada*.



y más de 800 comentarios. Eso pasó con nuestra canción. Es verdad que la mitad de los comentarios eran de gente diciendo que dábamos pena. Pero ¡así es el éxito! No hay estrella sin *haters*.

Yo estaba dispuesto a relanzar el grupo.

Lo malo es que mis amigos no parecían muy por la labor.

Fran se resistía. Yo creo que por pereza. Fran es más vago que el sastre de Tarzán.

Alberto tampoco parecía muy entusiasmado.

—No quiero que la fama me cambie —decía el muy flipado.

Pero yo tenía un plan genial. Y mi plan tenía que ver con otro vídeo, el que estaba viendo en ese momento.

—¿No puedes ponerte los cascos, Hugo? —se quejó mi hermana—. Como vuelva a oír la canción esa del Tuerkas, te juro que no respondo.

A mi hermana Olivia es mejor no enfadarla. La ves en estado de reposo y parece un ser angelical, uno muy cursi y muy insoportable, pero angelical. Pero cuando se enfada, se transforma en **la niña de El exorcista**.

—Es que es para relanzar Los PisaColaGatos... —intenté explicarle.

—¿No hay ya suficiente ruido en La Pera? —me interrumpió Olivia. La vena del cuello se le empezaba a hinchar.

En eso tenía razón. No es raro que se oigan ruidos en La Pera, 24.

Un día normal en nuestro vecindario es un día ruidoso. En un día normal puedes escuchar este bonito abanico de sonidos (te los cuento de abajo arriba porque el sonido sube, menos el sonido del 5.º, que baja directo a mi piso, que es el 4.º):

- En el **bajo A**, puedes oír la televisión de Chufa y Lola, Las Modernas, que están sordas como una tapia, puesta a todo volumen y los ladridos de Don Pepito.
- En el **bajo B**, oirás a Pepe silbando una canción de Julio Iglesias.

- En el **1.º B**, Charo «La Chollos» llamando a gritos a su marido, Chema, para enseñarle la última ganga que acaba de descubrir.
- En el **2.º A** viven Richard, Barry y Harry. Ahí es posible que oigas música. Y fiestas. Son estudiantes, dicen. Pero estudiar, no se les oye estudiar. Igual es que están haciendo la carrera de DJ.
- En el **2.º B**, en casa de Alicia Malicia, puedes oír todo tipo de instrumentos de tortura, desde el sonido de un látigo al de una motosierra. Eso sí, basta que te acerques para que no se oiga nada. Ni mu, ni miau (y eso que tiene gato), ni zzz. Pero no te fíes. Alicia es una profesional del cotilleo y el espionaje. ¡Seguro que está figando por la mirilla!
- En el **3.º A**, en casa de Fran, puedes oír a sus padres amenazándolo de muerte por varios motivos. No temas por su vida. No lo dicen en serio. Creo. A veces también amenazan a su hermano Iván, pero menos.
- La familia del **3.º B**, la de Martina, Alberto y Valentina, va de fina y de no hacer ruido. Pero a veces se oye protestar a Alberto, chillar a Martina y botar la pelota a Valentina.

- En el **4.º A** vivimos nosotros. Puedes oír chillar de alegría a mi padre cuando encuentra una patata frita perdida en el sofá. O puede que oigas de vez en cuando a mi hermana Olivia gritar como la niña de *El exorcista* cuando está en esa fase. Todos los demás (mi madre, yo y nuestra perrita Troya) somos bastante silenciosos. Creo.
- En el **4.º B** hay un bebé dentro de la tripa de la vecina y otro bebé fuera. El que está dentro no hace ruido. Todavía. El que está fuera berrea como un animal (un animal tipo jabalí, oso o elefante).
- En el **5.º A**, de vez en cuando está Laura. Igual te suena porque se hizo famosa en *Menuda Voz Kids*.** Pensarás que qué suerte tener una vecina famosa y cantante, ¿verdad? Eso es porque no la has oído cantar tres millones de veces seguidas el último éxito de Rossa o el karaoke de *Frozen*. Sí, es antiguo. No, no se estropea. Créeme. Digamos que quizá lo haya intentado. Es irrompible.

** Si no te suena, ya te lo cuenta mi hermana Olivia en el libro *Una estrella estrellada*.

Si eres tan perspicaz como yo, te habrás dado cuenta de que hay un piso que falta. Repasa. ¿Cuál es?

¡Ajá!

Es el **1.º A**.

¿Que por qué no aparece en la lista? Es fácil. Porque está vacío. En el 1.º A no vive nadie.

Y esa es la cuestión. No es raro que se oigan ruidos, muchos ruidos, en La Pera, 24.

Lo que ya no es tan normal es que
se oigan ruidos en

UN PISO VACÍO.



UN PISO VACÍO

La primera en darse cuenta, cómo no, fue la cotilla de Alicia.

Nos la encontramos en el portal mi hermana y yo cuando íbamos a pasear a Troya, y nos preguntó:

—¿Vosotros sabéis si alguien se ha mudado al 1.º A?

—No, ni idea —dijimos Olivia y yo.

En ese momento entró en el portal Chema, el presidente de la comunidad.

—¿Y tú, Chema? ¿Sabes si ha venido alguien a vivir al 1.º A?

—¿Cómo? ¿Sí? ¡No puede ser! ¡Tendría que saberlo! Soy el vecino de enfrente. ¡Y el presidente! Claro, no me extrañaría que ahora viniera gente atraída por

la nueva instalación de fibra óptica —dijo Chema con retintín.

Alicia era una de las que no quería que pusieran fibra óptica. Decía que era muy caro. Las Modernas, en cambio, se apuntaron entusiasmadas. Claro que Las Modernas se creían que eso de poner fibra óptica era un sitio donde les harían gafas ligeras. En cuanto se enteraron de que no era eso, también dijeron que no querían.

—Pero ¿entonces es una óptica o no es una óptica? —preguntaba Lola.

Chema les explicó que eso de la fibra óptica servía para navegar más rápido.



—¿Y a nosotras qué más nos da? —preguntó Chufa—. Si no tenemos barco.

—Que no, que es para navegar por internet —les explicó Chema—. Ahora, con la academia, os vendrá fenomenal.

Las Modernas habían montado una academia de Instagram para abuelos. Desde entonces, usaban mucho internet.

El caso es que había vecinos que no querían la fibra óptica. Les parecía un gasto tonto. Pero Chema hizo una campaña para lograrlo. Y desde entonces, aprovechaba cualquier oportunidad para frotárnoslo por la cara.

—¿Viste tal vídeo? —le preguntaba alguien.

Y Chema:

—Claro, gracias a la magnífica fibra óptica.

—Qué bueno hace hoy —le comentaba un vecino.

—Claro, gracias a la magnífica fibra óptica.

Y ahora:

—Parece que hay un vecino nuevo.

—Por supuesto, se ha mudado por la magnífica fibra óptica.

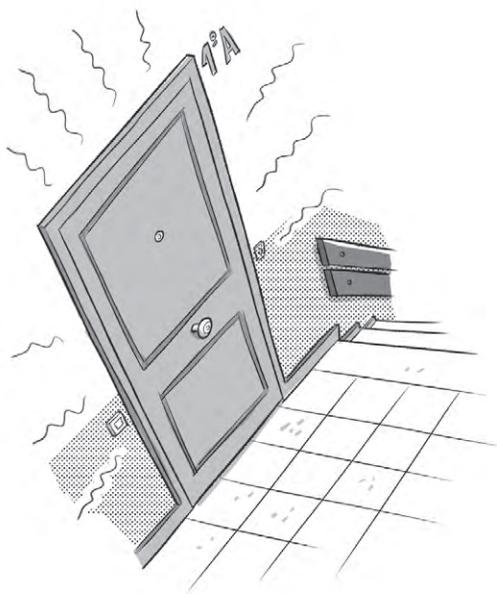
Lo de que alguien se hubiera mudado, aún se tenía que demostrar.

Ruidos sí habíamos oído.

Pero nadie había visto salir o entrar a alguien del
1.º A. Aún.

A quien sí empezamos
a ver, y mucho, fue a

LA MUJER DEL PORTAL.





LA MUJER DEL PORTAL

Mi hermana no se entera de nada.

Pero a mí esa mujer me dio mala espina desde el primer momento.

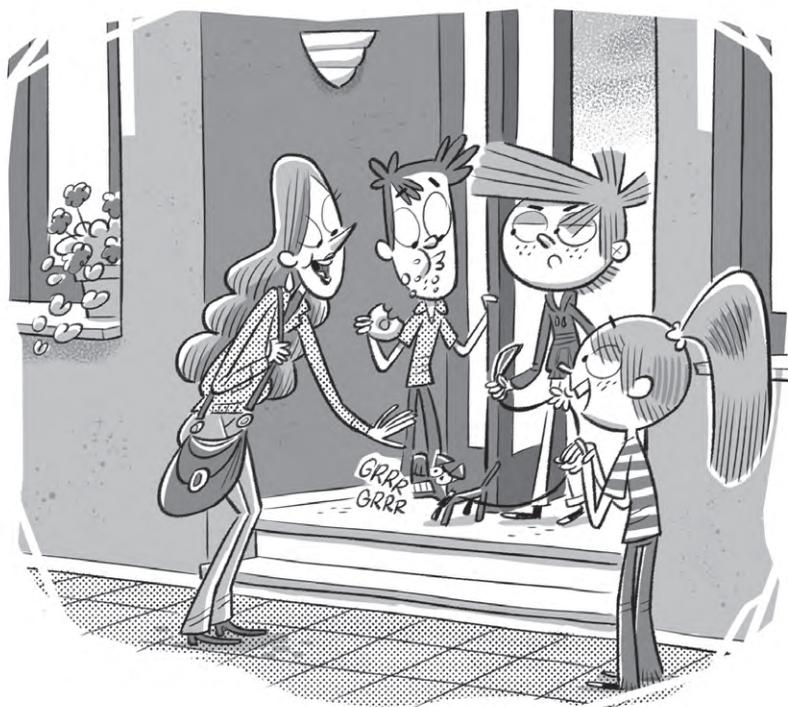
A mí y a Fran, que estaba con nosotros la primera vez que la vimos.

Hasta Troya sospechó. Y eso que la mujer se la intentó ganar.

—¡Ay, qué perrito más mono! —dijo nada más verla, a la salida de casa.

Troya, que movería la cola de alegría hasta a Cruella de Vil, le gruñó.

—¿A que sí? ¿A que es la cosa más bonita que has visto en tu vida? —dijo la cursi de mi hermana.



—No es perro —dije yo—. Es perra.

La mujer fue a acariciar a Troya. Se notaba que no tenía ni idea de acariciar perros. Le puso la mano encima y la quitó al momento, como si quemara. Subió y bajó la mano varias veces, como si le estuviera haciendo una aguadilla en vez de acariciándola. Harta, Troya se apartó.

—Vaya, parece que viven muchos animales en esta casa, ¿no? —dijo la mujer haciéndose la simpática.

—Mogollón —dijo Fran con la boca llena de donut.
«Y algunos van a dos patas», pensé yo. Mi amigo Fran tiene muchas cosas buenas, pero un cerdo vietnamita comiendo es más fino que él.

—Vaya, vaya —dijo la mujer—. ¿Qué tenéis? ¿Perros? ¿Gatos? ¿Salamandras? ¿Algún conejo, quizá?

Troya volvió a gruñir.

—Prisa, tenemos prisa —dije yo.

Cuando llegamos a la plaza, mi hermana me dijo:

—Qué borde has estado, ¿no, Hugo?

Vamos, que tampoco me extraña de ti, pero...

—¿Y si se caga Troya en el portal, eh? ¿Ibas a recoger tú «el pastelito»? —le dije—. No podíamos hacerle esperar.

Pero en el fondo lo que pasaba es que yo tenía mis sospechas de que aquella mujer no traería nada bueno a La Pera, 24.

NADA BUENO.

